



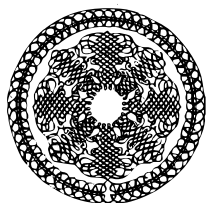
Círculo Rojo

SIRIUS

BUSCANDO EL CAMINO
DE LA LIBERTAD Y EL AMOR

SIRIUS

BUSCANDO EL CAMINO
DE LA LIBERTAD Y EL AMOR



MANUEL MARTÍNEZ PIÑERO



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: agosto 2017

Depósito legal: AL 1485-2017

ISBN: 978-84-9175-388-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Manuel Martínez Piñero

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Diseño de portada: José Luis Macías

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*Dedicado a todas las personas que a diario luchan en el
mundo por sus democráticos derechos y sus libertades.
Especialmente para Amina Lawal y su hijo.*

ÍNDICE:

CAPÍTULO 1	276
CAPÍTULO 2.....	268
CAPÍTULO 3.....	262
CAPÍTULO 4.....	254
CAPÍTULO 5.....	236
CAPÍTULO 6.....	228
CAPÍTULO 7	214
CAPÍTULO 8.....	200
CAPÍTULO 9	190
CAPÍTULO 10.....	180
CAPÍTULO 11.....	172
CAPÍTULO 12.....	160
CAPÍTULO 13.....	150
CAPÍTULO 14.....	140
CAPÍTULO 15.....	132
CAPÍTULO 16.....	128
CAPÍTULO 17	124
CAPÍTULO 18.....	120
CAPÍTULO 19	114
CAPÍTULO 20.....	108
CAPÍTULO 21.....	104
CAPÍTULO 22.....	100
CAPÍTULO 23.....	92
CAPÍTULO 24.....	82

CAPÍTULO 25.....	70
CAPÍTULO 26.....	66
CAPÍTULO 27.....	52
CAPÍTULO 28.....	44
CAPÍTULO 29.....	36
CAPÍTULO 30.....	30
CAPÍTULO 31.....	22
CAPÍTULO 32.....	12
CAPÍTULO 33.....	10
CAPÍTULO 34.....	6
GLOSARIO.....	4

CAPÍTULO 1



Alguien gritaba de dolor en una choza de barro en Kurami, Aldea situada al norte de Nigeria, a unos 200 kilómetros de la ciudad de Katsina. En la puerta de la casa, con una expectación muy grande, muchas personas aguardaban con curiosidad. Entre toda la gente que esperaba se encontraba el propietario de la vivienda, quien nervioso no paraba de dar vueltas alrededor de ella. En el interior, una chiquilla con tan solo 15 años llamada Yashira: alta, guapa, con un moreno claro de piel y pelo corto muy rizado, estaba a punto de dar a luz por primera vez. Se encontraba acompañada solamente por una partera y el curandero del pueblo, sin ningún medicamento para paliar el dolor. El sufrimiento que estaba padeciendo se respiraba en el ambiente de la habitación. Un cuarto desangelado, con una única cama, un cubo con agua caliente y un espanta-espíritus de madera que colgaba del techo. Hacía un calor extenuante y la chica respiraba cada vez más deprisa, pues hacía ya dos horas que había roto aguas. No paraba de sudar y en ocasiones le daban un poco de líquido y le pasaban un paño húmedo por la cara. Su camisón blanco lo tenía completamente mojado de sudor.

—Respira, respira... No te preocupes por nada, ya queda poco —decía intentando calmarla Malaika, una matrona muy reconocida por su trabajo en la región y que había sido premiada por su labor humanitaria en el país.

—Eso lo dice usted, que no se encuentra aquí —respondió gritando la chica.

—Yo he estado de parto cinco veces como tú y mírame, no se me quitan las ganas de traer niños a este mundo. Ellos te dan riqueza a ti, a tu marido y a nuestra aldea.

Las personas en Nigeria se casan muy jóvenes y rápidamente empiezan a tener hijos. Desde hacía años la organización humanitaria *Médicos sin Fronteras* había establecido un hospital de campaña en la región para ayudar. Estaba situado a escasos kilómetros, pero la mayoría de las familias preferían tener los hijos en sus casas o en la iglesia. Esto suponía que el país estaba situado entre los diez primeros del mundo con mayor tasa de mortalidad materna. En este caso, el marido, que esperaba afuera ansioso, decidió que el parto fuese tradicional y, además, en la propia casa. Era cinco años mayor que ella y sus tíos habían arreglado el casamiento tras pagar una dote de 1.000 nairas (alrededor de cinco euros) cuando ella solo tenía 13 años. Se llamaba Shiran y su preocupación se debía únicamente al interés por conocer el sexo de su hijo. Y es que los chicos son mucho más valorados que las mujeres en ese país.

Yashira sujetaba con fuerza el Corán, mientras empujaba con una capacidad de aguante y fortaleza interior innata que solo se da en algunos países subdesarrollados. Lloraba de dolor, ya no le quedaba voz para gritar.

—Ya se le ve la cabeza —susurró el brujo.

—Empuja con fuerza, no pares —le pidió la partera.

—Ya lo hago, pero es que no puedo más —gritó sin fuerzas, dejando caer el libro sagrado al suelo. Casi sin aliento y un dolor insoportable, hizo un último esfuerzo.

—Ya está aquí. Un poco más. Sólo un poco.

Tras unos segundos, la matrona ya tenía a la criatura en sus brazos, y le dio la vuelta dejándola boca abajo y dándole una palmadita en el culo. El pequeño no tardó nada en empezar a

llorar sin parar. El llanto al exterior de la choza e hizo felices a todos.

El curandero se acercó para cortar el cordón umbilical y para conocer el sexo del bebé. Mientras tanto, la chica se quedó tan debilitada que se había desmayado. En ese momento, el padre irrumpió en la habitación y se dirigió hacia el curandero sin prestar atención a su esposa.

—¿Qué es lo que ha sido? —preguntó.

—Eres un hombre con suerte, es un chico. Éste es el regalo que te ofrece Alá.

Tanta era la alegría, que lo cogió y se fue a la calle a celebrar con sus vecinos el nacimiento de su primogénito. Yashira empezó a ser atendida por su madre, que entró cuando el curandero le dio permiso para hacerlo una vez que bendijo la habitación. En la puerta, el hombre levantaba como si fuese un premio a su hijo, sin todavía haber visto su rostro.

— ¡Ha sido niño y se llamará Yadir! —gritó para que todos lo escucharan prodigar su fertilidad.

Sin mirar el rostro de su hijo, lo dejó en brazos de una tía suya y se fue con los hombres de la familia y amigos a celebrarlo. En ese momento, la señora retiró la manta que estaba tapando al niño y fue la primera persona en ver sus ojos.

Con el rostro desencajado, rápidamente entró en la choza y llamó al curandero.

—¿Ha visto los ojos de este niño? —le increpó.

—No, no he tenido tiempo. ¿Qué les ocurre?

—Están como poseídos, tienen un color muy extraño. Es la primera vez que veo algo semejante —decía muy nerviosa y moviéndose mucho.

—Déjemelo ver.

El hombre se quedó observando durante unos segundos al chico. Su expresión en la cara delataba incredulidad. Yashira, que todavía estaba traspuesta en la cama, intentó levantarse sin éxito,

pues todavía estaba muy débil, aunque sacó las fuerzas necesarias para hablar.

—Por favor, pásame a mi hijo. ¿Qué le pasa?

—Este niño está poseído por los malos espíritus. ¡Que llamen al padre ahora mismo!

Desde los años noventa del siglo xx, una mujer llamada Hellen Ukpabio se había encargado de atemorizar a miles de familias haciendo creer que los niños que gritan por la noche tienen una salud frágil, son diferentes, sufren fiebres frecuentes y presentan indicios evidentes de estar poseídos. Esto hace que muchas familias crean lo que dice la sanadora y deciden vender todo lo que poseen para salvar a sus hijos, pagando un exorcismo, y de este modo la profetisa es una de las mujeres más ricas del país, tiene miles de seguidores y ha escrito varios libros sobre el tema. La predicadora ha contribuido también a que miles de niños de familias hayan sido apedreados por el vecindario, enterrados vivos, abandonados por sus familias o mutilados. Todo ello a costa del dinero, jugando con las mentalidades populares, muy influenciadas por tradiciones ancestrales.

Todo esto lo conocía Yashira, pues su pueblo siempre obedecía a lo que el brujo decía, que dedicaba también parte de su tiempo como pastor de la exorcista, trabajo que le repercutía grandes ingresos. Todavía no había tenido tiempo de tocar a su hijo y ya se lo querían arrebatar a la joven. La matrona se acercó de nuevo a mirarlo; ella ya se había dado cuenta antes de la rareza de sus ojos, pero no quiso decir nada porque no creía en esas historias y quería proteger a la criatura.

El padre llegó de inmediato rodeado de todos sus familiares.

—¿Qué le ocurre a mi hijo?

—Tu hijo está tocado por la mano del diablo —dijo con rotundidad el curandero.

Shiran miró el rostro de su hijo, y empezó a negar con la cabeza. Se acercó con la cabeza agachada a la cama donde se encontraba Yashira, la levantó y le apuntó con el dedo.

—Tú eres la culpable, no vales para nada. Esto es un castigo por haber estado con otros hombres. Este hijo no puede ser mío, porque nadie en mi familia tiene esos ojos —sentenció

—¡Yo nunca he estado con otro hombre! Nunca. Pero ¿qué le pasa a mi hijo? —replicó ella a voces, con un dolor interior inmenso. Y no por el parto, sino por el daño que le estaban causando tantas acusaciones.

El adulterio en doce provincias del norte del país se paga con la muerte a través de la lapidación, desde que se instauró en 1999 la *Sharia*, la ley islámica, un castigo en el que la mujer es enterrada hasta el cuello y tapada con una sábana, y es apedreada primero por su marido, y seguidamente por cualquiera que quiera hacerlo. Hasta la muerte. En otros países, también los niños no legítimos llegan a ser lapidados. Yashira sabía que las acusaciones de su marido le traerían problemas, pues había nacido en una cultura en la que la mujer no tenía derechos y conocía las consecuencias de ello.

En ese momento, con total desprecio, el marido le tiró a su hijo a los brazos con tanta violencia que la cabeza del bebé chocó contra la de su madre, lo que hizo que éste se quedara durante unos segundos en silencio y muy aturdido. Pero pronto empezó de nuevo a llorar. La madre miró a su hijo y no veía la explicación a tanto revuelo, hasta que Yadir abrió sus inmensos ojos de color azul claro. Un niño negro, de cara ancha y unos ojos muy claros, casi transparentes. La madre esbozó una tímida sonrisa y después de un rato contemplándolo dijo:

—Guapísimo, mi niño es precioso.

—¡No lo tolero! —exclamó el padre, que seguía gritando—: Que llamen al alcalde y le ponga remedio a este mal sueño. Cu-randero, coja al niño.

El regidor del poblado era un octogenario que se acercó hasta la casa a paso lento. Llevaba más de veinte años en el cargo y tenía suficiente potestad para llevar a cualquiera a la cárcel o a un juicio. Cuando llegó a la choza, entró y preguntó por el revuelo suscitado.

—Tiene que mirar a mi hijo y decir qué es lo que tiene. Es algo muy raro en los ojos —le dijo el padre.

—Acércamelo, curandero. -dijo el regidor serenamente

El niño se había relajado y ya no lloraba, y miró a los ojos al alcalde quedándose inmóvil, haciendo un pequeño gesto con su mano, que se la acercaba a la nariz. Al verlo, el alcalde se extrañó e incluso echó la cara hacia atrás, pero tuvo una rápida respuesta.

—Este niño tiene los ojos claros, lo que es raro, pero hace unos tres años pasó por el poblado un hombre que tenía unos ojos similares. No es normal, pero sí es posible.

En ese momento, Yashira respiró y cogió aire, ya que los nervios la tenían sin aliento. El curandero no estaba tan convencido con la respuesta, porque veía como se le escapaba un cliente.

—Pero nadie en mi familia tiene los ojos así, ese niño no es mío —recalcó Shiran.

—Si lo tienes tan claro, joven, tendremos que asistir a la corte islámica de primera instancia de Katsina para que te den respuesta. Mientras tanto la madre y el niño se irán a casa de sus padres y tú te quedarás aquí, en la tuya.

El padre de la chica, que escuchaba desde la puerta, entró en la habitación, miró a su nieto y seguidamente se dirigió a su hija.

—Eres una deshonra para nuestra familia. Y a nuestra casa no vendrás ni tú, ni tu hijo.

Tras decir esto, el hombre cogió a su mujer del brazo arrastrándola afuera sin que ésta pudiese replicar nada.

—No se preocupe, alcalde, ellos vendrán a mi casa, pues tengo sitio para dos personas más en ella —respondió la matrona mirando y acariciando la cabeza de Yashira.

—Todo dicho, en dos días nos veremos en Katsina —culminó el regidor del poblado, que dejaba la casa por un pasillo que le hacían familiares y curiosos hasta la mitad de la calle. La expectación siempre era grande cuando hacían llamar al alcalde, pues no se le molesta habitualmente para asuntos sin importancia, y una vez escuchados los rumores todos tenían curiosidad por ver los ojos del niño. La matrona llamó a dos de sus hijos mayores para que ayudaran a la chica a llegar hasta el coche. El joven Yadir salió arropado por la matrona, quien tapándolo con una manta intentaba que nadie pudiese verle los ojos. Mientras la joven madre abandonaba la casa después de una hora de parto. Su marido la miraba fijamente con repudio y desprecio, escupiendo al suelo tras su paso.

—Pagarás por lo que has hecho, *sharmuta*.

CAPÍTULO 2



La casa de Malaika se encontraba situada a unos dos kilómetros del poblado. Era una de las más grandes de la zona y se encontraba en un pequeño monte, en medio de unas lagunas grandes que desaparecieron por la sequía. Muy diferente a las viviendas del resto de la población, estaba construida con madera, porque su marido trabajaba como carpintero para el gobierno. Tenía siete habitaciones, que eran muy necesarias porque habían tenido cinco hijos, ordenador con acceso a Internet, agua corriente y teléfono entre otras comodidades. El trabajo de ella y el de su marido les habían permitido ofrecer estudios y mayores posibilidades a sus hijos. Ser matrona en Nigeria es tener una profesión muy bien retribuida, ya que a diario nacen muchos niños. Además, el coche que utilizaba se lo prestaba la administración regional para los desplazamientos, lo que era un lujo para la mayoría de los nigerianos.

Con rapidez, Yashira entraba en una de las habitaciones casi sin poder andar, flanqueada por los dos chicos y acostada en un confortable colchón. Su cara desprendía alivio. Sin haberse podido recuperar del parto, ella y su hijo habían recibido el desprecio de su marido y el de su familia, y no había logrado defenderse de las acusaciones. Ya en calma y a salvo, la joven fue apagando sus ojos y dejándose rendir por el cansancio, sin importarle el revuelo que había causado su llegada a la casa.

A la jornada siguiente, se despertó después de estar casi un día completo durmiendo, porque pasó toda la noche con mucha

fiebre. Una de las hijas de la matrona permaneció junto a Yashira durante todas las horas que transcurrieron. Su madre había tenido que salir por la noche a atender otro parto y ella, con solo 11 años, estuvo atenta por si necesitaba alguna ayuda.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó totalmente despejada y mirando a su alrededor.

—No te preocupes, está en buenas manos.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Alika, y soy hija de Malaika, la matrona.

—¿Dónde está tu madre?

—Duerme, se ha pasado toda la noche trabajando y está muy cansada.

Por la puerta llegaba Yadir dormido en el regazo del dueño de la casa, un hombre corpulento de unos 50 años, con el cabello blanquecino de canas y muy alegre.

—Buenos días, dormilona. Soy el propietario de esas buenas manos que describe mi hija. Me llamo Chi y traigo a tu belleza. Ayer no te dio tiempo ni de despedirte.

—Muchas gracias por todo —respondió ella susurrando y con una leve sonrisa mientras adelantaba sus brazos para coger al niño. Lo acogió en su pecho y lo estrechó agarrándolo con fuerza.

Alika fue hasta la cocina y trajo una bandeja con leche caliente y pan recién hecho. Aunque había pasado la hora del desayuno, ella se había encargado de tener la comida preparada para cuando se levantara su nueva amiga. Solo las separaban cuatro años de edad, pero eran demasiados, considerando la precocidad de ciertos asuntos en el país.

—Tienes que recuperar fuerzas. Hoy por la noche tenemos que viajar hasta Katsina porque a las 9 de la mañana tenemos que estar presentes en el juicio.

—¡Mañana! —exclamó Yashira—. No estoy preparada para defenderme.

—No te preocupes, los jueces no pueden condenarte por tener un hijo con los ojos claros. La brujería no está penada en nuestras leyes, solo se mantiene de manera externa a la justicia —dijo Chi, quien parecía estar muy convencido en su afirmación, y eso hizo que la joven quedara más tranquila.

En ese momento, en la habitación irrumpió Malaika, con un camisón de seda blanca y una sonrisa agradable.

—¿Cómo te encuentras?

—Un poco cansada, pero feliz porque estoy con mi hijo. Usted se dio cuenta del color de los ojos de Yadir, ¿verdad?

—Sí que me di cuenta...

—¿Y por qué no dijo nada?

—Verás —dijo acercándose a Aliká y subiéndole la camiseta—, mi hija nació con una gran mancha en la espalda. ¿La ves?

—Sí, es muy grande.

—El curandero me dijo que se trataba de un mensaje diabólico. Mi marido cogió su cartera y le dio 2.000 nairas, y en ese momento, misteriosamente el mal desapareció de la habitación, de mi mente y no volví a creer en esas historias.

—¿Todo es una farsa?

—Todo. Lo que ocurre es que hay muchas personas que viven del brujo en el poblado. Pero ahora es mejor que te dejemos tranquila, debes dar el pecho a tu hijo, que tiene que estar hambriento.

—Nunca he dado el pecho —respondió ella un poco nerviosa.

—Eso te saldrá, todas las madres podemos hacerlo. Te darás cuenta.

Dicho y hecho, Yashira acercó la boca de Yadir a su pecho y él no dudó en buscar su ración de leche materna. Con fuerza apretaba su boca, con ansias, haciendo un poco de daño a su madre. Aunque para ella, ese mal era menor después de todo. A los pocos minutos, madre e hijo se durmieron de nuevo, quedando el pequeño prendido del seno, mientras que Yashira prefería recuperar fuerzas descansando.

Por la noche, Malaika había preparado una copiosa cena antes de partir; por delante quedaban 200 kilómetros de viejas carreteras, casi 6 horas de viaje en un coche que no alcanzaba mucha velocidad, aunque era mejor así en un país donde recomiendan no ir deprisa, ya que los animales se cruzan por la noche y producen muchos accidentes.

La mesa tenía casi de todo: patatas, pastel de carne, plátano frito, una sopa de verduras y una olla grande que contenía estofado caliente compuesto de carne y pimienta roja. Además de vino de palmera, un zumo natural extraído del árbol de la palmera, y Coca-Cola para beber. Estaban todos sentados excepto Yashira, que llegó después de haberse dado una ducha. Apareció por la puerta con un camisón verde claro que le había prestado Aliká y un turbante blanco en la cabeza. Desprendía belleza interior, su cara reflejaba paz y alegría, mientras los chicos de la mesa no pararon de mirarla en ningún momento. Si no fuese porque todavía andaba muy despacio por los dolores del parto, parecería haberse arreglado para salir. El niño se había quedado dormido de nuevo después de recibir su comida. En la mesa tenía su silla preparada entre los comensales que esperaban a que ella llegase. Estaba toda la familia.

—Hola, Yashira —le dijo Aliká, señalando la silla que había a su lado para que se sentase junto a ella.

—Aliká, ¿por qué no le presentas a tus hermanos? —le sugirió Malaika.

—Por supuesto. Yashira, éste es Chioke, es el más pequeño, tiene 5 años.

—Soy yo, un regalo de dios. Y no lo digo yo, sino mi nombre que significa eso —respondió travieso.

—Dumaka tiene 7 años y está sentado a tu lado. Enfrente tienes al fuerte de Ekon, que tiene 9, y a su lado está Amini, que es el mayor de los hermanos con 12 años.

—¡Tendré 13 años en poco más de tres meses! —se apresuró a decir el chico.

—Gracias a todos por lo que estáis haciendo por mí. Sois muy buenos.

La chica terminó esta frase con los ojos llenos de lágrimas.

—Estás guapísima —exclamó Chi, que era un hombre muy prudente, pero atento a que sus invitados estuviesen cómodos. Además, la interrupción evitó que ella derramara más lágrimas.

—No digas eso, que me voy a poner celosa —respondió Malaika a su marido soltando una sonrisa y dejando caer un coscorrón en la cabeza de éste.

Todos empezaron a reír, la joven cambió su estado y se animó. Miró a su alrededor y quedó fascinada, nunca antes había visto tantos alimentos en una misma mesa. Se quedó bloqueada, ella procedía de una familia campesina pobre donde solo se comía una vez al día, y donde la Coca-Cola solo se presentaba en la mesa en las fiestas como si fuese un premio.

—Como invitada debes bendecir la mesa —dijo Malaika.

—Agradezco tantos alimentos juntos, agradezco el cariño de corazón y pido que mañana sea un día hermoso —dijo ella sin nervios y sabiendo exactamente qué quería decir. Las palabras hicieron levantar las copas sin alcohol y brindar por el deseo de Yashira.

Durante la velada todo fueron bromas y alegría. Nadie habló de lo que había ocurrido, y pasaban de largo sobre los temas familiares y religiosos. Algo complicado en un país que se encuentra dividido por la religión islámica y cristiana. Todos tuvieron un comportamiento muy educado. En la mesa parecía haber pasado un huracán, y desapareció en minutos la comida. La joven madre había tenido parte de culpa en esto, ya que no dejó plato sin probar.

Al terminar, se empezaron a escuchar tormentas, parecía como si un avión estuviese dando vueltas alrededor de la casa, las luces de los rayos entraban por la ventana sin pedir permiso. El tiempo había cambiado mucho y se acercaban lluvias.

—Parece que en el viaje vamos a tener compañía —dijo Chi—. Nos vamos a ir a la cama a descansar un par de horas y sobre las 12 saldremos con tiempo hasta Katsina, no me gusta cómo se está poniendo la noche.

—Aliká, mañana cuando te levantes serás la responsable de la casa. Y ustedes, chicos, tienen que ayudar a su hermana en todo, además de cuidar a las gallinas y los corderos —pronunció Malaika con seriedad, dejando las tareas repartidas antes de irse. La matrona había pedido ayuda a otra partera de la región para que se quedara en su zona mientras ella acompañaba a la chica.

Siguiendo las órdenes del padre de familia se fueron a sus habitaciones en un silencio que sólo lo rompía el ruido de fondo de la lluvia que había comenzado a caer.

CAPÍTULO 3



En el coche, camino de Katsina viajaban Yashira, con su hijo descansando en la parte de atrás y Malaika como acompañante de Chi, que conducía. Estaba lloviendo y se veía poco la carretera. Ninguno había podido descansar pensando en el juicio, e incluso el niño que en silencio estaba despierto mirando a su madre sin darse cuenta de nada. Tan pequeño y desprotegido en la vida viajaba camino de un futuro incierto.

Después de estar toda la noche conduciendo llegaron a la puerta de los juzgados con el tiempo justo, a cinco minutos del comienzo. En la escalinata de la entrada al edificio se encontraron con la abogada que iba a defender a Yashira. Una mujer joven de piel blanca nacida en Inglaterra, perteneciente a una asociación de derechos humanos que defiende la igualdad de la mujer y los derechos humanos por todo el mundo, aunque éste iba a ser su primer caso por adulterio en una corte islámica. Acababa de llegar a la ciudad esa misma mañana procedente del sur, donde estaba realizando otros trabajos en defensa de las mujeres, aunque siempre juzgados por la ley laica. Sin tiempo para preparar la defensa, se introdujeron en el edificio y se encontraron frente a frente con el marido y su abogado que mostraba un semblante muy tranquilo. Había llegado un día antes a la ciudad para preparar su denuncia. Con mirada desafiante, no paró de mirar a su mujer sin que ésta le cruzase la mirada. Flanqueada por Chi y

Malaika, agarró con más fuerza a su pequeño y pasó rápidamente por su lado con la cabeza agachada.

—Tienes que estar tranquila —le sugirió la abogada.

—Lo sé, pero ¿sabe usted algo?

—¿Qué?

—Es la primera vez que conozco el miedo.

—Te entiendo, pero no hay leyes para el miedo. Tienes que mostrar ante los jueces seguridad, eso nos hará ganar. No me he presentado: me llamo Claudia.

Sin tiempo para mantener más conversación, entraron en la sala de juicios, donde se encontraron a algunos habitantes de Kurami, e incluso al alcalde, que no mostró ningún guiño de complicidad hacia Yashira. Malaika y Chi se sentaron justamente detrás del banco que ocuparon la joven y su abogada. El marido entró en la sala y saludó a sus vecinos; sentándose seguidamente en su sitio, parecía estar arropado por la mayoría de los asistentes. A los pocos segundos las puertas se cerraron, mientras que otra puerta más pequeña se abrió junto al estrado. Todos en la sala se levantaron con la llegada de los cinco jueces. Tomaron asiento con sus togas negras y pelucas blancas heredadas de la época colonizadora de Gran Bretaña. Comenzó el juicio.

—Tiene la palabra el abogado del denunciante —dijo el magistrado más viejo de todos con rostro serio; él, por edad, llevaría la palabra en el juicio repartiendo turnos. Los demás podrían intervenir cuando quisieran.

—Señores, mi cliente pide el divorcio y denuncia que su esposa le ha sido infiel. Los ojos de su hijo recién nacido son una prueba suficiente para culpar a la mujer de mi defendido por adulterio.

—¿Cómo tiene usted la convicción que esos ojos no pueden ser genéticos?

—Los invito a que los vean. Comprenderán entonces la culpabilidad de esa mujer —respondió con el dedo señalando a la joven.